



EL GENERAL D. JUAN ALVAREZ,  
Presidente provisional de México.

## CAPITULO SEGUNDO.

---

### PRINCIPIO DE LA REVOLUCION.

---

Disgusto general.—Primeras tentativas contra la dictadura.—Terribles escaimientos.—General aquiescencia.—Terror.—Consecuencias de la exageracion del órden.—Miseria de las localidades.—Lisonjeros y aduladores.—Departamento de Guerrero.—Temores y recelos del gobierno.—Las autoridades del Sur.—Envío de tropas á Guerrero.—Pretexto de la medida.—Disgusto en el Sur.—Primeros proyectos de revolucion.—Los precipita la entrada de las tropas.—Alvarez, Moreno, Villareal.—Orden de prision contra éste.—Conferencias entre los caudillos.—Sábelo el gobierno, y aparenta confianza.—Primeras órdenes para observar y perseguir á los de Guerrero.—Orden de bloquear á Acapulco.—Instrucciones dadas al general Perez Palacios contra Alvarez.—Precauciones de las autoridades del Sur.—Sale Moreno de Chilpancingo, y renuncia.—Reunion de tropas del Sur en el Peregrino.—Resuélvense á pronunciarse.

MAL podia sufrir el yugo de tan desafortada tiranía una nacion de carácter altivo y pundonoroso, que si no estaba bastante bien educada en las costumbres de la libertad política, tenia estímulos de sobra en sus hábitos de libertad civil, para rechazar indignada tanta



opresion y tanto vilipendio. Así fué que desde muy temprano y aun antes que el poder dictatorial desplegara aquel lujo de represion que se notó despues, hicieron en Puebla, Guanajuato, Yucatan y Veracruz, tentativas mas ó menos formales para sacudir un yugo que desde entonces se presumia ya insoportable ; pero el gobierno las sofocó tan rápidamente, é hizo tan terrible escarmiento en sus autores, que al parecer no quedaron bríos en los amigos de la libertad para levantar de nuevo la cabeza. <sup>1</sup>

Desde entonces pudo la dictadura consagrarse sin obstáculos á echar los cimientos de su poder, de una manera indestructible ; y tal vez lo habria conseguido, si la Providencia pudiera consentir que se consolidara la injusticia para ser el azote de un pueblo inocente. La centralizacion política y administrativa llevada hasta sus últimos extremos, es decir, un sistema constante de agresion contra la libertad individual y los derechos de las localidades, fué el principal medio que el gobierno empleó para acrecentar y asegurar su poder omnímodo. El elemento militar, como que le

<sup>1</sup> Los que promovieron las conspiraciones de Veracruz y Yucatan, fueron fusilados. Fué muy sentido el jóven Don Sebastian Mo- las, jefe del movimiento de Yucatan, cuya sangre fué la primera que se derramó en las conspiraciones contra la dictadura de Santa-Anna.

debía en cierto modo su existencia, y realmente le era deudor de su desarrollo y de su brillo, era el mas poderoso auxiliar de sus planes, y no habia peligro de que le fuera infiel, por mucho que se ensañara la opresion en las otras clases de la sociedad.

En fin, todo callaba y retrocedia ante la voz y ante los pasos de la dictadura : ella daba sus leyes, y sus leyes eran acatadas en medio de un general silencio : ella avanzaba osadamente contra toda libertad, y no habia ya hombres libres que le atajaran el paso. Y como si todo se hubiera conjurado á favor de ella, y en contra de la nacion, sus mismas providencias atroces, y hasta sus disposiciones ridículas, eran apoyo de su dominacion y servian eficazmente á sus proyectos, confundiendo tal vez el terror que escitaban sus venganzas, con la veneracion y el respeto de una autoridad severa, y creando en torno suyo una aureola de esplendor y un valladar de poderosos intereses con aquellas medidas que tanto lisonjeaban el amor propio ó el interes de ciertos individuos y de ciertas clases.

Los que no vieron aquella situacion, no pueden formarse una exacta idea de lo que pasaba, y mucho menos si escuchan hoy las maldiciones que dirigen á la



dictadura todos los ciudadanos, todas las clases y todos los partidos. Aunque sea triste consignarlo, es preciso decir que el general Santa-Anna no solo tuvo el apoyo de santanistas y conservadores, sino tambien el de muchos liberales que no se desdennaron de servir con celo á aquella administracion, ni de dar su voto á favor del poder unitario, ni de llevar la cruz de Guadalupe. Si despues que cayó la tiranía, han querido todos pasar por Brutos y por Catones en punto á dignidad republicana, no por eso deja de ser verdad que andaban muchos entonces menos erguidos que ahora, tomando parte en el coro general que entonaba las alabanzas del ídolo. La historia no se maravilla de esto, despues de haber visto las flaquezas de la raza humana en todos los períodos de su afanosa existencia; y si aquí se consignan hechos semejantes, es porque ellos revelan por un lado el espíritu de la época, esplican por otro la larga duracion de la dictadura, y hacen resaltar el mérito de los que osaron atacarla hasta vencerla. Si no hubiera sido una especie de moda desdeñar la libertad y adular al despotismo, y si no hubieran entrado en ella infinitos ciudadanos de los que hoy lo negarian, el gobierno de Santa-Anna no habria subsistido veinte y siete meses, escandalizando á la República con sus desafueros; la revolucion no habria sido una empresa heróica por las dificultades que tuvo que vencer, y no habria razon

para escribir con letras de oro en los anales de México el nombre de sus caudillos. La nacion aceptó la dictadura, guardó silencio ante sus desmanes, humilló la cerviz ante sus agresiones; y cuando los valientes, que no habian incensado á Baal, arrojaron el guante en el Sur, no solo tuvieron que luchar contra una masa enorme de fuerza fisica, sino contra la opinion que habia reconocido, aceptado y aun aplaudido los desafueros, porque estaban disfrazados con hermosos nombres, y vestidos con deslumbradoras galas.

Sin embargo, el empleo mismo de aquel sistema agresor, cuya aplicacion parecia ser la base mas sólida de la omnipotencia del general Santa-Anna, fué el principio de su ruina. Se habia exagerado el principio del orden: era preciso que saltara el principio de libertad, como un resorte comprimido por mano impotente.

Corrian los primeros meses de 1854. Todos los departamentos de la República se habian sometido, de grado ó por fuerza, al terrible poder central que se levantaba en México; el dictador tenia ya en todos ellos con el nombre de gobernadores y comandantes generales, una especie de procónsules que eran otras tantas columnas de la dictadura militar; la fuerza de las localidades habia desaparecido, y en ninguna par-



te se hacia ya sentir otra fuerza que la del centro, de donde partia todo, y á donde todo iba á parar, como si en la faz de la nacion todo hubiese de recibir su sér de la dictadura, y como si para ella sola debiese vivir todo lo que tenia existencia.

Entretanto, aumentábase espantosamente el número de los ciudadanos, que por amigos de la libertad, ó por celosos del decoro de su país, gemian en los calabozos, ó andaban mendigando el pan del destierro en tierras estrañas; y un silencio de muerte reinaba por todas partes, sin que se escuchara mas ruido que el de insultantes fiestas, y la voz de los aduladores que postrados á los piés de la dictadura, la entonaban alabanzas, ó hacian la crónica de sus regocijos. No habia una voz independiente que se alzara contra la opresion: solo protestaban contra ella en el rincon del hogar doméstico, las lágrimas de la esposa que lloraba al esposo perseguido, y el llanto de los hijos que reclamaban al padre desterrado. Parecia completo el triunfo de la tiranía, y resuelta para siempre la servidumbre de los mexicanos.

Del gobierno de Santa-Anna podia decirse lo que un orador griego decia de los arcontes puestos por Lisandro para oprimir á los atenienses: que "no se po-

dia asistir sin peligro á los funerales de sus víctimas:" y aunque por dicha de la civilizacion cristiana no hubiera bajo la dictadura ningun hecho que pudiera autorizar la exacta aplicacion de aquella frase, sobraron otros que probaban cuán peligroso era honrar la memoria de los muertos que no habian estado en su gracia. Cuando murió el general D. José Joaquin de Herrera, todos los periódicos, sin distincion alguna, le rindieron el tributo de respeto que merecia por sus virtudes; y esto disgustó tanto al gobierno, que hizo publicar en su *Diario Oficial* varios artículos contra el general difunto, no sin dar á entender á los escritores públicos la indignacion con que habia visto el presidente los elogios que se le habian tributado. ¡Y se trataba de un veterano de la Independencia, de un general que habia sido presidente de la República, de un ciudadano que habia ocupado dignamente los primeros puestos del Estado, de un hombre de bien que no habia sacado de su larga carrera sino un nombre sin mancha, y la mortaja con que acababan de enterrarle!

La dictadura no solo hizo pesar su cetro de hierro sobre los actos de la vida civil, sino que penetró con los caprichos de su autoridad hasta en lo mas recóndito del hogar doméstico, para imponer sus mandatos á las acciones de la vida privada. Despues que llegó



á su apogeo el desarrollo de aquel poder sin límites ni barreras, fué ya imposible á los ciudadanos entregarse á las expansiones de su corazon entre las cuatro paredes de su casa, para obsequiar á un amigo, para tributar honores al talento, al genio ó á la gloria. Si aquellos actos irritaban la envidia, la vanidad ó cualquiera otra de las pasiones del gobierno, una orden suya, terminante y severa, llegaba hasta el seno de las familias para prohibirlos. La República parecia ya una cárcel ó un cuartel, donde nadie se movia sin permiso del alcaide ó del general en jefe.

2 Cuando llegó á México el célebre poeta español Don José Zorrilla, los habitantes de esta capital le recibieron con un entusiasmo que rayó en delirio. Personas de todas clases y condiciones, de todos los colores y de todos los partidos, se esmeraron á porfia en obsequiarle: banquetes, tertulias, dias de campo, se dispusieron para tributar al poeta el homenaje de la admiracion que desde muchos años antes habia escitado su hermoso genio entre todos los amantes de la gloria literaria: los poetas mexicanos pulsaron la lira para saludar al vate español, y todos los amigos de lo sublime y de lo bello querian, en fin, testificar que no les era indiferente el cantor de la VIRGEN y de GRANADA. Despues de las demostraciones que podian considerarse como públicas, algunos individuos querian tener el gusto de obsequiar á Zorrilla en sus casas, y estaban preparándose para ello, cuando una orden superior vino á impedirselo. El gobierno habia llevado á mal aquellas demostraciones, sin duda porque consideraba robados á sí mismo los aplausos que se tributaban al poeta. Entre sus admiradores habia muchos altos empleados, y uno de ellos fué llamado á la presencia del presidente para sufrir una áspera re-

Los mexicanos pedian al cielo desde el fondo de su corazon, un hombre que los libertara de aquella servidumbre; y si aparentemente revelaba contento y satisfaccion el deslumbrador aparato que rodeaba á los hombres del poder, habia en realidad millares de familias desoladas, que desde el abismo de sus padecimientos ansiaban, como Dido, que brotase de su seno un vengador contra los autores de su desdicha.

Habia un departamento, que ya fuese por sus circunstancias topográficas, ya por las autoridades que

preension por haber tomado parte en los obsequios hechos á Zorrilla. Profundamente irritado, habló el dictador de la vergüenza que era para los mexicanos manifestar tanta admiracion por un hombre como aquel: dijo que si para los demas era una vergüenza, en los empleados del gobierno era una falta gravísima tomar parte en aquellos aplausos, como si tanto mereciera un poeta. "¡Basta ya, añadió, basta ya de entusiasmo necio! Y vaya vd. á decir á todos los que piensan continuar en esas demostraciones, que basta ya!" El empleado tuvo que ir á las casas donde sabia que se preparaban obsequios á Zorrilla, á comunicar la orden de que no se le hicieran: y la prohibicion fué puntualmente respetada. Despues el poeta fué arrastrado ante el jefe de la policia, á dar una declaracion sobre unos versos que se le atribuyeron entonces, en los cuales no se hablaba bien del general Santa-Anna, y que no eran obra suya.

3 Exoriare aliquis nostris ex ossibus ultor.

VIRG. *Eneid.* Lib. IV.